

G. LORA

EL SALARIO
mínimo vital y escala móvil

RELOCALIZACION
y desocupación masiva

**¿DEBILITAMIENTO DE LA
CLASE OBRERA?**

1990

Ediciones *La Colmena*

G. Lora

EL SALARIO

INDICE

Presentación.....	4
I- ¿QUE ES EL SALARIO?.....	8
El salario mínimo vital con escala móvil.....	15
II- LA MAL LLAMADA RELOCALIZACION O LA DESOCUPACION MASIVA	22
Respuesta obrera	26
Efecto de la privatización de las empresas estatales	28
III- ¿DESTRUIDA O DEBILITADA LA CLASE OBRERA?.....	34
Sindicalismo y política.....	45

PRESENTACIÓN

Guillermo Lora dedicó su vida a la construcción del Partido Obrero Revolucionario de Bolivia, como parte de la reconstrucción de la IV Internacional. Sus escritos comenzaron a ser reunidos en las Obras Completas en julio de 1994, materializándose en 70 volúmenes. La importancia de ese grandioso trabajo está en que formuló y desarrolló el programa de la revolución proletaria en este país. Nos encontramos con un investigador marxista que fue respondiendo a una variedad de problemas y temas puestos en el camino de la construcción partidaria y de la lucha del proletariado para la conquista del poder. La incursión en varias áreas del conocimiento expresa la lucha de clases y las necesidades prácticas de la situación vivida.

Guillermo Lora estudió, asimiló y aplicó ampliamente el socialismo científico. Siguió los ejemplos de los grandes marxistas como Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo y otros, que se dedicaron a la comprensión de la doctrina de Marx y Engels como un sistema científico, como ciencia del proletariado revolucionario. Evidentemente, ubicado frente a las particularidades nacionales del capitalismo atrasado de Bolivia, como refracción de la economía mundial, Lora aplicó el método del materialismo histórico y dialéctico. Es lo que hicieron, en especial, Lenin y Trotsky en Rusia, con el objetivo de conquistar el poder por el proletariado.

Los voluminosos escritos de Guillermo Lora exponen el marxismo aplicado a las particularidades nacionales, estableciendo la materialidad de las leyes históricas de la revolución proletaria en un país de economía atrasada, condicionado por las leyes de desarrollo desigual y combinado. En su empeño internacionalista de mostrar que el partido es el programa y que el programa es la exposición de las particularidades nacionales como reflejo de las leyes generales de funcionamiento del capitalismo, sus escritos comprueban la tesis de que la construcción del partido y el desarrollo de la revolución social exigen que los marxistas actúen en el seno del proletariado y formulen el programa como expresión particular de las leyes generales.

Esa comprensión que Lora adquirió a lo largo de una vida de militancia, parte de ella vinculada directamente a los obreros de las minas, donde fueron concebidas las Tesis de Pulacayo (1946), nos trae un aspecto que es el de la elaboración de una didáctica del marxismo. Es lo que nos muestra la infinidad de folletos tratando de todos los aspectos de la vida social boliviana, impuestos por la necesidad de

transformar el proletariado en fuerza consciente por medio el partido. Folletos como *“Marxismo para obreros”*, *“El Partido y su Organización”*, *“Nociones de sindicalismo”*, *“Elementos del marxismo”*, *“Es posible aplicar el marxismo en la atrasada Bolivia”*, *“Vigencia de las Tesis de Pulacayo”*, *“Lo que será y hará la dictadura del proletariado”* son algunos ejemplos que muestran el empeño de Lora en popularizar el marxismo sin someterlo a la camisa de fuerza del esquematismo. Los folletos son parte de una inmensa obra, de la cual hacen parte trabajos monumentales como *“Historia del Movimiento Obrero Boliviano”*, *“Contribución a la Historia Política de Bolivia”*, *“La Revolución Boliviana”*, etc.

Realizamos esta apreciación general para mostrar la importancia del folleto *“El Salario Mínimo Vital y Escala Móvil. Relocalización y desempleo masivo. ¿Debilitamiento de la clase obrera?”*, publicado en 1990, como parte de ese largo camino de elaboración teórico-programática. El lector es introducido con la definición de que es el salario, formulada por Engels, seguida de citas de Marx y Kautsky. Los comentarios intercalados de Lora conducen a la demostración didáctica de como la ley económica del capitalismo se manifiesta concretamente en Bolivia y como el proletariado respondió a la explotación desde las Tesis de Pulacayo. Evidencia, de esa forma, la sobreexplotación del trabajo en las condiciones particulares de Bolivia. La exposición fundamenta la defensa programática del salario mínimo vital y de la escala móvil de reajuste. El mismo trato es dado a la explicación de desempleo masivo y a la política de relocalización del gobierno burgués. Al lado de las reivindicaciones como la del seguro por cesantía forzosa, Lora fundamenta la defensa de la escala móvil de las horas de trabajo. La exposición teórica sobre el salario y el empleo, bien como las reivindicaciones decurrentes, es expuesta en el plano de la lucha política por la defensa de la vida de los explotados y de la estrategia de la revolución proletaria. Se enfrenta con la tesis reformista de que es posible alcanzarlo en el capitalismo. La burocracia sindical se levanta contra la defensa del salario mínimo vital y de la escala móvil, de forma que no sólo se alía al patronato para mantener la brutal explotación del trabajo, como también bloquea la evolución política del proletariado en el sentido de erradicar las raíces de la explotación y de la miseria.

Este folleto es la aplicación del método del Programa de Transición, que sirvió de base a la fundación de la IV Internacional. Tiene singular importancia la respuesta de Lora a la tesis burguesa, muy en boga en aquél momento, de que la clase obrera en Bolivia se encontraba tan debilitada que ya no podría ser la fuerza motriz de las transformaciones históricas. Lora refuta esa impostura con la fundamentación de que la minoritaria clase obrera, por el lugar que ocupa en la producción social capitalista y por ser una clase internacional, encarna las leyes de la historia que

conducen a la destrucción del capitalismo y a la construcción de la sociedad socialista. En Bolivia, el proletariado, que tiene sus raíces más profundas en la minería, dirigirá la mayoría oprimida, formada por campesinos y la pequeña burguesía urbana arruinada. En la base de las formulaciones están las relaciones de clases que constituyen el cimiento histórico y social de Bolivia.

El folleto *“El Salario Mínimo Vital y Escala Móvil. Relocalización y desempleo masivo. ¿Debilitamiento de la clase obrera?”* es un arma de la clase obrera en su lucha contra el hambre y la miseria. Es un arma de combate a la explotación del trabajo. Es un arma que lleva a los explotados a luchar por el fin del capitalismo y la construcción del socialismo.

Atilio de Castro, 1 de agosto de 2016

I

¿QUE ES EL SALARIO?

"Mientras la sociedad se encuentra dividida en dos clases opuestas, de un lado los capitalistas, que monopolizan todos los medios de producción, la tierra, las materias primas y las máquinas, y de otro lado los trabajadores, los obreros desprovistos de toda propiedad sobre los medios de producción, que no poseen nada más que su propia fuerza de trabajo, mientras exista esta organización social, la ley del salario seguirá siendo todopoderosa y remachará cada día las cadenas que convierten al obrero en esclavo de su propio producto, monopolizado por el capitalista".

Engels, 1881.

"La verdadera redención de la clase obrera será imposible hasta tanto no sea dueña de todos los medios de trabajo (de producción) materias primas, máquinas, etc. con ello, dueña de todo el producto su propio trabajo".

Engels.

El salario es la expresión de la relación entre el proletariado -obrero sin propiedad de los medios de producción, de la tierra, de las materias primas y de las máquinas- y el capitalismo, el empleador que monopoliza los medios de producción. Es típico del modo de producción capitalista, que se basa en la destrucción de la "unidad originaria que existía entre el hombre trabajador y sus medios de trabajo" (Marx), en las relaciones de producción entre el proletariado y el burgués, relaciones necesarias que tienen lugar a través del salario.

El proletario para poder vivir, reproducir su fuerza de trabajo agotada en el proceso de la producción y alimentar a su familia, se ve obligado a vender -a cambio del salario- lo único que posee y que es su fuerza de trabajo, sus músculos y su cerebro. "La fuerza de trabajo de un hombre existe, pura y exclusivamente, en su individualidad viva" (Marx). El valor de la mercancía fuerza de trabajo es la suma de los valores de las mercancías que se consume para su producción. En el mercado

aparece con el marbete del salario, que es la expresión en moneda de su valor, sometido a las leyes del mercado de la oferta y de la demanda.

En "El Capital" leemos sobre la fuerza de trabajo lo siguiente:

"Entendemos por fuerza de trabajo o poder de trabajo, el conjunto de las facultades físicas y psíquicas que existen en el cuerpo de un ser humano, en su personalidad viva, y que él pone en movimiento cuando produce valores de uso de una especie cualquiera".

Valor de uso es lo que satisface las necesidades humanas y es consumido por su poseedor. Adquieren importancia decisiva para su dueño las propiedades del valor de uso.

El obrero no vende su persona, en este sentido es libre, vende su fuerza de trabajo no de manera indefinida, sino por un tiempo determinado (horas, días, semanas, meses, etc).

"El poseedor de la fuerza de trabajo, el obrero, debe ser un hombre libre para que su fuerza de trabajo se convierta en mercancía. Su fuerza de trabajo debe continuar siendo mercancía; no la puede vender por siempre, sino solamente por un determinado período de tiempo, pues de lo contrario se convertiría en un esclavo y ya no sería un poseedor de una mercancía, sino su persona misma se habría convertido en mercancía... la fuerza de trabajo para presentarse como mercancía en el mercado no debe ser valor de uso para el obrero. El valor de uso de la fuerza de trabajo consiste en la producción de otros valores de uso; ello presupone disponer de los medios de producción necesarios. Cuando el obrero dispone de los medios de producción no vende su fuerza de trabajo, sino que la utiliza él mismo y vende sus productos para que la fuerza de trabajo se convierta en mercancía el obrero tiene que ser separado de los medios de producción, sobre todo de los más importantes: las herramientas, las máquinas y la tierra, en fin, el capital.

"El obrero debe ser completamente libre, libre de todo vasallaje personal pero también absolutamente libre y carente todos los medios de producción necesarios"

(Kautsky).

En Bolivia sobreviven algunas formas de trabajo esclavista, particularmente en el Oriente, la región del Beni, Pando, etc. Los empleadores pagan el salario en especie (alimentos, ropa, armas de fuego, etc.) y mediante la habilitación (entrega de lo

que necesita el obrero) encadenan al trabajador por tiempo indefinido, a veces generación tras generación, de padres a hijos. Las organizaciones sindicales están en la obligación de luchar contra toda forma de esclavización de los trabajadores, oponiéndose al pago de salarios en especie y a toda forma de encadenamiento indefinido al patrón. La legislación boliviana establece el pago del salario en moneda nacional y el Código del Trabajo y su Reglamento hablan del contrato de trabajo por un tiempo determinado.

El salario (una cantidad de dinero por un cierto tiempo de trabajo) es el precio de la mercancía fuerza de trabajo.

Mercancía es lo que se compra y se vende, que está en el mercado, por eso es un valor de cambio. Cuando una mercancía se compra y se la consume, se la usa, se la saca del mercado, deja de ser mercancía.

El valor de las mercancías está determinado por la cantidad de trabajo socialmente necesario que se invierte en su producción. Las mercancías pueden cambiarse unas con otras, equipararse, medirse entre sí, porque son todas ellas producto del trabajo humano, abstracto.

El precio es la expresión en dinero del valor de las mercancías. En el mercado, las mercancías se venden y se compran por sus precios. La moneda es una medida que ayuda a que las mercancías se equiparen entre sí, es mejor que sea estable, que varíe poco.

El salario es el precio de la mercancía fuerza de trabajo.

Decimos que la fuerza de trabajo es una mercancía porque se vende y se compra, por eso no escapa a las leyes del mercado (la oferta, cantidad de mercancías que se ofrece en venta, y la demanda o cantidad que se quiere comprar).

Una gran oferta (en el mercado hay abundancia, a veces excesiva cantidad de algunas mercancías) determina que los precios de ciertas mercancías bajen; contrariamente, si hay mucha demanda, muchos quieren comprar mercancías que hay en poco volumen, los precios suben. Un ama de casa sabe perfectamente, por su experiencia diaria, que las leyes del mercado son decisivas para la fijación de los precios.

También los salarios reflejan estas leyes, cuando hay muchos desocupados, como sucede ahora como consecuencia de la crisis económica estructural del capitalismo

mundial, los salarios tienden a bajar, inclusive por debajo del mínimo establecido por ley. Cuando la patronal desea contratar a muchos obreros y éstos dejan de presentarse en las ventanillas de las fábricas o en los lugares tradicionales donde ofertan su fuerza de trabajo (el puente de Obrajes, la calle Yungas en La Paz, etc.), los salarios suben, a veces aceleradamente.

Las leyes del mercado determinan que los precios oscilen por encima o por debajo del valor de las mercancías, lo que también impera tratándose de la fuerza de trabajo.

El valor de la mercancía fuerza de trabajo está determinado por el valor de las mercancías (alimentos, ropa, etc.) que tiene que consumir el obrero para ser producida y reproducida.

"Para poder desarrollarse y sostenerse, un hombre tiene que consumir una determinada cantidad de artículos de primera necesidad. Pero el hombre, al igual que la máquina, se desgasta y tiene que ser reemplazado por otro. Además de la cantidad de artículos de primera necesidad requeridos para su propio sustento, el hombre necesita otra cantidad para criar determinado número de hijos, llamados a reemplazarle a él en el mercado de trabajo y a perpetuar a la clase obrera. Además, es preciso dedicar otra suma de valores del desarrollo de su fuerza de trabajo y a la adquisición de cierta destreza...

"Según lo que dejamos expuesto, el valor de la fuerza de trabajo se determina por el valor de los artículos de primera necesidad exigidos para producir, desarrollar, mantener y perpetuar la fuerza de trabajo" (C. Marx).

A su turno, escribió Kautsky:

El valor de la fuerza de trabajo "se determina, como el de toda otra mercancía, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción y en consecuencia también para su reproducción.

"La fuerza de trabajo presupone la existencia del obrero. Esta existencia exige a su vez para su subsistencia cierta suma de medios de vida. De modo que el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de la fuerza de trabajo es igual al tiempo de trabajo socialmente necesario para producir esta suma de medios de subsistencia".

En Bolivia, siguiendo a otros países, se considera una familia compuesta de cinco personas (dos esposos y tres hijos) como tipo para el cálculo de la canasta familiar (cantidad de alimentos, de ropa, etc., que se consume). Esto no corresponde a la realidad, en nuestro país la familia de los obreros tiene más personas, más hijos.

Sigamos a Marx: "el valor de la fuerza de trabajo se determina por la cantidad de trabajo necesario para su conservación o reproducción, pero el uso de esta fuerza de trabajo no encuentra más límite que la energía activa y la fuerza física del obrero". En Bolivia y en los demás países, actualmente la duración de la jornada de trabajo está determinada por ley, en nuestro país es de ocho horas, pero en otras partes es ya menor como una forma de disminuir la superexplotación debido al perfeccionamiento tecnológico. En la "Tesis de Pulacayo" (1946) se lanzó la consigna de la jornada de cuarenta horas semanales, no materializada hasta ahora. La propia burguesía limita la duración de la jornada de trabajo porque busca evitar la destrucción física (consecuencia de la superexplotación) de la clase obrera.

El precio de la fuerza de trabajo, considerado como una cantidad de moneda (en la actualidad alrededor de diez bolivianos por día), se llama salario nominal. Los empleadores capitalistas y su gobierno se limitan a considerar el salario nominal como una forma de encubrir la evidencia de que una cantidad considerable de billetes generalmente es la cobertura del estado de miseria que soporta la familia obrera.

Lo que interesa al obrero, a diferencia del capitalista, es la cantidad de alimentos, de ropa, etc., que puede comprar con la cantidad de billetes que le pagan como salario. Esta capacidad de compra del salario se llama salario real y es el que interesa de manera directa al obrero, por esto está obligado a encontrar la mejor forma de defenderlo de toda distorsión.

El salario real está en relación directa con los precios de las mercancías. Puede darse el caso de que aumente el salario nominal (en billetes), por ejemplo porque los sindicatos logran un aumento después de una huelga, en una proporción menor a la elevación de los precios de las mercancías, lo que quiere decir que se comprará menor cantidad de kilos de carne, de panes, etc., con relación a lo que compraba antes del aumento salarial.

Constituye una premisa fundamental comprender debidamente que el salario es el precio de la mercancía fuerza de trabajo, es decir, la suma de los precios de las mercancías que el obrero agotado en la jornada de trabajo debe consumir para reproducirla (o simplemente producirla, si se quiere). Para que los sindicatos

desarrollen una política salarial acertada tienen que partir de la esencia del salario. No se trata de un monto de dinero que depende del volumen de la producción en una fábrica o de la productividad del obrero, tampoco debe considerarse como el equivalente al producto producido por éste, sino como la suma suficiente de dinero que permita reproducir la fuerza de trabajo consumida en el proceso de la producción, reproducción que tiene lugar consumiendo una determinada cantidad de alimentos, ropa, cubriendo los gastos de vivienda y la alimentación, educación, de los hijos.

Dicho de otra manera, el monto del salario debe fijarse teniendo en cuenta las necesidades de la familia obrera, no la ganancia patronal, el volumen de la exportación, la dificultades o bonanza de la economía nacional, etc.

La burocracia sindical olvida deliberadamente la esencia del salario y se niega a luchar por uno que tenga la capacidad de llenar la canasta familiar, agacha la cabeza ante la formulación de un salario que guarde relación con las ganancias patronales, con las posibilidades económicas de los empresarios y del Estado. La burocracia es instrumento de la patronal, del gobierno y no de los trabajadores.

La consecuencia está a la vista. Las remuneraciones han ido cayendo paulatina y persistentemente, de manera que los obreros y sus familias no pueden ya alimentarse en condiciones humanas, normales, inclusive para una eficiente explotación capitalista. Las líneas maestras de la legislación del trabajo responden al interés de la burguesía de defender su derecho de explotar, como dueños de los medios de producción, a los obreros que solamente tienen su fuerza de trabajo; sin embargo, es de interés de la burguesía como clase que la fuerza de trabajo no sea destruida físicamente por el hambre y la superexplotación, a fin de que mañana pueda seguir produciendo plusvalía, ganancia. Por esto los sindicatos invocan la ley en su lucha por mejores condiciones de vida.

Se tiene que comprender que si el monto del salario no permite que el obrero y su familia se alimenten bien, concluirán siendo destruidos físicamente, víctimas de las enfermedades, de la desnutrición, del defectuoso crecimiento de los niños, etc. Como resultado de una equivocada política salarial de las direcciones sindicales asistimos a la precipitada destrucción de la fuerza de trabajo, al aniquilamiento y degeneración de la familia obrera. A situación tan lamentable han llevado el olvido de lo que es el salario y la subordinación de la lucha por mejores condiciones de vida al argumento patronogubernamental de que la situación económica de las empresas y del gobierno no permite atender las demandas salariales.

Para desbaratar las movilizaciones de los trabajadores que buscan respaldar las demandas salariales, patrones y gobierno esgrimen el espantapájaros de la inflación monetaria. Los reajustes de salarios que el gobierno dicta anualmente están por debajo de los índices de inflación y de aumento de los precios de las mercancías, lo que se traduce en un mayor agravamiento de la situación de miseria de la mayoría nacional.

Bolivia, de igual manera que los demás países, soporta las tremendas consecuencias de la crisis capitalista estructural y de alcance mundial. La burguesía, el imperialismo, descargan el peso del descalabro económico sobre las espaldas de los trabajadores, que son empujados a la desocupación masiva y a la caída vertical de los salarios reales y hasta nominales.

En nuestro país la situación se ve agravada porque hasta ahora no se ha logrado imponer el seguro por cesantía forzosa (constituye el ejército industrial de reserva), que consiste en el pago de una remuneración a los parados a fin de que ellos y sus familias puedan seguir alimentándose, aunque sea en niveles bajos. La "Tesis de Pulacayo" formuló esta reivindicación, que lamentablemente no ha sido materializada

hasta ahora. Lo menos que puede pedirse a las direcciones sindicales es que pongan todo su empeño para solucionar la lamentable situación de los que se ven obligados a permanecer desocupados.

Resumiendo: corresponde luchar por un salario que permita reproducir la fuerza de trabajo en condiciones normales, vale decir, alimentando como seres humanos a los componentes de la familia obrera. Un otro criterio, como el de subordinar las necesidades de los trabajadores a las disponibilidades económicas de la patronal y del Estado burgués constituye una verdadera traición a los explotados.

Una larga y amarga, experiencia enseña que tanto los empresarios burgueses como el Estado que defiende los intereses de éstos (el Gobierno de Unidad Nacional, por ejemplo), recurren a la doble contabilidad (una, donde siempre se registran pérdidas, destinada a ser exhibida ante los obreros y el pueblo, a burlar el pago de impuestos, y otra destinada a los accionistas, donde se señala el monto de los dividendos y las ganancias), para convencer a los sindicatos que se dejen de reclamar mejores remuneraciones. El gobierno actual se distingue por difundir sistemáticamente mentiras, a fin de poder justificar su política antipopular e inconfundiblemente entreguista y al servicio de las transnacionales.

EL SALARIO MINIMO VITAL CON ESCALA MOVIL

La concepción del salario planteada más arriba corresponde a las leyes de producción y economía capitalistas. Aquí radica la ventaja del planteamiento del movimiento obrero. Tomamos el fenómeno como objetivo, independiente de nuestros buenos o malos deseos.

Si somos consecuentes tenemos que luchar porque la fuerza de trabajo se venda por su valor porque solamente así lograremos que su reproducción se haga en condiciones normales y evitaremos la destrucción física del obrero y de su familia por la acción de la miseria.

En otras palabras, el salario debe permitir que la familia obrera adquiera la cantidad suficiente de alimentos, de ropa, para alimentarse y vestirse, para tener lo suficiente para cubrir los gastos de transporte, educación, aseo, distracciones, compra de periódicos, etc.

El salario destinado a adquirir todo lo necesario para la normal reproducción de la fuerza de trabajo se llama salario mínimo vital, lo menos que debe ganarse para evitar la destrucción física del trabajador, para llevar una vida en condiciones humanas. En nuestros sindicatos a este salario también se lo llama "conforme a la canasta familiar".

Para luchar de manera consecuente por el logro de este salario, que en realidad es de mantenimiento, de preservación de la integridad física del obrero y de su familia, hay que desechar la concepción que sobre el salario tienen los empleadores y el gobierno, que tan tercamente se empeñan en calcular el monto de las remuneraciones conforme a sus posibilidades económicas. Hay que responder a los defensores del capitalismo que los obreros precisan un determinado monto de dinero para poder seguir trabajando en condiciones normales, al margen de cualquier otra consideración. En la última época el gobierno y también la Confederación de Empresarios privados buscaron neutralizar la lucha por mejores condiciones de vida de parte de las organizaciones populares y sindicales con el argumento de que todos los bolivianos (explotados y explotadores) deben sacrificarse en beneficio del país y para sacarlo de la actual crisis económica del capitalismo. Mientras que los que trabajan se mueren de hambre, los capitalistas de mayor volumen siguen realizando negocios jugosos en plena crisis, muchas veces a costa de los empresarios más pequeños. Los obreros y los que componen la mayoría

nacional ya no pueden sacrificarse más porque viven inmersos en una situación de extrema miseria.

Las argumentaciones de los explotadores tienen que ser rechazadas para poder plantear el salario mínimo vital y lograr su materialización. Se tiene que explicar a todo el asalariado que únicamente ingiriendo la suficiente cantidad de alimentos y llevando una vida en condiciones humanas se podrá seguir trabajando con normalidad. Todas las otras consideraciones que hacen los capitalistas y "su" gobierno deben desecharse, si se quiere -repetimos- preservar la integridad física de los obreros y de sus familias.

El gobierno y la patronal tienen en sus manos el recurso de anular los aumentos de los salarios nominales jugando con la moneda y con los precios (devaluación y alza de precios), lo que puede determinar la caída de los salarios reales, es decir, el agravamiento de la miseria, pese al aumento de los nominales. A los trabajadores les interesa aumentar y mantener los salarios reales (capacidad de compra). La inflación, la estabilización y las modificaciones de los precios de las mercancías, interesan directamente a los capitalistas y a "su" gobierno. Lo que tienen que buscar los sindicatos y los trabajadores en general, la mayoría nacional, es la forma de defender los salarios reales independientemente de las modificaciones de la paridad entre el dólar y el boliviano, de los precios de las mercancías.

Los capitalistas y el gobierno se empeñan en que la mayoría nacional, los trabajadores, se enreden en la lucha por preservar contra viento y marea (a costa de los salarios principalmente) la estabilidad monetaria para que se traduzca en desarrollo económico y en la perpetuación de la explotación del asalariado.

El 28 de octubre (1990) "Presencia" de La Paz registra un editorial titulado "Salario y justicia social" y que de manera velada expresa los puntos de vista de la clase dominante sobre el tema que tratamos. No olvidemos que ese matutino está vinculado a la iglesia.

Comienza declarando: "El salario, si seguimos la tradición de la doctrina social de la Iglesia, es un derecho natural del hombre, consistente en percibir por su trabajo un ingreso que le permita vivir dignamente, es decir, en condiciones humanas, satisfacer sus necesidades básicas, sobre las cuales pueda construir una vida espiritual solidaria, participativa, en el deseado territorio del Bien Común, el Reino de Dios, en el más puro concepto transmitido por Santo Tomás de Aquino: Reino de Justicia". Tanta bondad, tanta religiosidad, para proclamar que el salario es eterno (un derecho natural), es decir, que los trabajadores tendrán que ser explotados por

siempre, claro que en condiciones normales, como proclama el derecho laboral de la burguesía. La hipocresía cae cuando se proclama que el salario suficiente para vivir humanamente importa el ingreso al reino de dios, impuesto por los explotadores ni duda cabe.

Tan buenas intenciones e indiscutiblemente dichas para defender los privilegios de los explotadores son negadas seguidamente. "En el terreno de la práctica, se dirá que la única fuente real de una aspiración salarial justa es la productividad. Esto es cierto, pero entonces lo que urge es crear las condiciones para que se eleve la producción y se logre el crecimiento económico que permita un reajuste de los salarios, acorde con el esfuerzo de los trabajadores (productividad, G.L.). Pero, también es necesario tomar en cuenta que hay de por medio exigencias de comportamiento político, austeridad, ejemplo en el sacrificio, igualdad en el reparto de deberes, honradez en el manejo de la cosa pública y otros ingredientes que forman parte indisoluble de la cuestión social".

El salario considerado como "derecho natural" de los trabajadores no pasa de ser una declaración lírica, negada por la exigencia de que el problema salarial se resuelva como parte de la productividad del obrero. Aconseja elevar la producción y ¿mientras tanto? La respuesta no puede ser otra que los trabajadores se ajusten los cinturones en espera de mejores tiempos. Esto dice la patronal en su conjunto. Lo más grave radica en que el salario se supedita a la conducta política del gobierno.

Estos planteamientos son contrarios a los intereses vitales del proletariado, de los que trabajan.

Sabemos perfectamente que la inflación acelerada constituye una especie de impuesto que se descarga sobre el grueso de la población, pero también lo es el mantenimiento forzado de la estabilidad monetaria, que se apoya principalmente en el congelamiento de las remuneraciones y en la disminución del gasto público, que se traduce en desocupación y en la caída vertical de los salarios.

Existe una sola forma de defender los salarios reales (capacidad de compra) y que pone al desnudo la relación entre los salarios en general y los precios. Nos referimos al salario mínimo vital, una reivindicación que todos los sindicatos deben imponer mediante la acción directa, pues se trata de lo menos que deben ganar los trabajadores para seguir moviendo las máquinas en condiciones normales. Se impone defender este salario de las fluctuaciones monetarias y de precios en el mercado, que ciertamente sucede todos los días.

La demanda del salario mínimo vital debe ser complementada por la escala móvil con referencia a los precios de las mercancías. Esto quiere decir que el salario debe ser reajustado en la misma proporción en que se elevan los precios y esto de manera automática, sin necesidad de que se desencadene ningún otro nuevo conflicto. La inflación determina la elevación de los precios. Inclusive ahora que se habla tanto de la estabilidad monetaria, el boliviano se devalúa aproximadamente un punto cada semana, lo que se traduce en un constante aumento de los precios de las mercancías, a veces en una proporción mayor.

Se tiene que advertir que estamos hablando de la escala móvil de salarios con referencia a los precios de las mercancías y no de otra cosa. Los empleadores han impuesto varias modalidades de escala móvil de las remuneraciones. Generalmente se aplica al caso de productividad, es decir, que los trabajadores ven aumentados sus salarios toda vez que producen más. Entre nosotros eso es el sistema de contrato o salario a destajo. Otra forma de escala móvil son los bonos que en algunas minas y fábricas se reconoce cuando la producción sobrepasa determinados topes.

El gobierno de la UDP intentó la vigencia de la escala móvil con referencia a los salarios de hambre que encontró. Este fue un intento de perpetuar la extrema miseria. Lo que corresponde es que los sindicatos comiencen planteando el salario mínimo vital, que significa un substancial aumento con referencia al que rige en este momento, es a aquel que debe complementarse con la escala móvil referida a los precios de las mercancías.

Ya sabemos que los capitalistas y "su" gobierno respondieron y siguen respondiendo a la exigencia del salario mínimo vital con escala móvil referida a los precios de las mercancías con el argumento, que ellos consideran irrefutable, de que no existen en este momento las posibilidades económicas para acceder a dicha demanda, excesiva para el nivel de ganancia de los empresarios, etc. Entre líneas se dice que los trabajadores pretenden liberarse de su obligación "patriótica", "moral", etc., de sacrificarse hasta la muerte por inanición para salvar a la patria y la gran conquista de la estabilidad monetaria, etc. Salta a la vista que a los explotados no se les puede exigir que se sacrifiquen al extremo de autodestruirse físicamente y dañar de manera irremediable a sus hijos para que los explotadores engorden más, bajo el argumento de que así labran la grandeza de Bolivia, etc.

Si la burguesía nativa (encadenada por su impotencia a la metrópoli opresora y saqueadora) no puede ya dar de comer a sus esclavos lo suficiente para que éstos lleven una existencia humana, sino no puede ya permitir que la fuerza de trabajo se

reproduzca en condiciones normales, si condenan a los trabajadores a la destrucción física, quiere decir que ha perdido toda capacidad para seguir administrando a la sociedad, que ya no puede dirigir con eficiencia el proceso de la producción capitalista. Quiere decir que su permanencia en el poder por más tiempo acelerará la destrucción de la sociedad.

Consideraciones teóricas y las que se desprenden de la experiencia histórica, señalan que la clase social que no puede ya alimentar a sus esclavos debe abandonar el control del poder político, el manejo de la sociedad. En realidad, se trata de obligarla a abandonar, de echarla del poder, mediante la violencia. No existen razones, por muy poderosas que sean, capaces de convencer a los opresores que deben trasladarse al llano para permitir que otra clase social con mayor capacidad los reemplace en el gobierno. Esto no se dará nunca, la burguesía agotará todos los recursos para perpetuarse en el poder, sin importarle las consecuencias nefastas que este hecho tendrá para la sociedad en su conjunto.

La escala móvil de salarios con referencia a los precios de las mercancías se convierte en el muro que ya no permitirá que los empresarios recuperen con la mano derecha más de lo que dieron con la izquierda, después de largas y sacrificadas luchas de los trabajadores. Allí donde se ha logrado imponer por el sindicalismo combativo la escala móvil no ha tardado en ser desvirtuada y combatida porque obstaculiza la obtención de una elevada ganancia para los empresarios. La clase dominante casi siempre utiliza a los partidos de izquierda" que le son serviles, ese es el caso de Italia donde el Partido Comunista de ese país tomó a su cargo la lucha contra la escala móvil de salarios, para salvar de la quiebra a empresas tan poderosas como la FIAT.

La lucha de las masas por el salario mínimo vital con escala móvil referida a los precios de las mercancías adquiere para ellas una enorme trascendencia, no solamente porque se refiere a la existencia física de los trabajadores, sino porque les permite comprender cómo funciona el proceso de la producción, cómo obtiene el capitalista su ganancia y cómo se embolsilla, el papel que juega el gobierno (el Estado) como uno de los puntales de la burguesía para imponer a la sociedad la explotación y la opresión. Por otra parte, da lugar a que los trabajadores comprendan la verdadera naturaleza del salario, lo que les permitirá rechazar todas las teorías y los prejuicios que impone la burguesía para poder embolsillarse la mayor parte de la plusvalía, de la ganancia, producidas por la fuerza de trabajo. Así aprenden que la lucha salarial forma parte de la lucha de clases, que bajo el capitalismo gira alrededor de la apropiación de la plusvalía, que según Marx se nace de "la contradicción de los intereses de clase, la contradicción entre el salario y la

ganancia y entre la ganancia y la renta del suelo" y que puede verse "de manera simplista en esta contradicción una ley natural de la sociedad".

Todo esto se traduce en la madurez política de los trabajadores, en la afirmación de su independencia de clase. Si la clase obrera no sabe por qué plantea el salario mínimo vital complementado por la escala móvil referida a los precios de la mercancías, si sigue confiando en la capacidad protectora del Estado, etc., no puede pensarse en que conquiste el poder político. La madurez política (en este caso el conocimiento del mecanismo mediante el cual la burguesía exprime plusvalía a los trabajadores y se apropia de ella) se traduce en la aproximación de las masas hacia la materialización del objetivo estratégico de la conquista del poder político, de la constitución de la dictadura del proletariado (gobierno obrero-campesino).

La naturaleza de la consigna del salario mínimo vital complementada con la escala móvil referida a los precios de las mercancías, hace que funcione como consigna transitoria. Esto quiere decir lo siguiente: las masas luchando por mejores condiciones de vida y de trabajo, por la satisfacción de sus necesidades más apremiantes y del momento, se proyectan, se encaminan, aunque sea en pequeña medida, hacia la conquista del poder político, hacia la revolución. Así la lucha por objetivos de raíz económica concluye expresándose como actividad política, porque solamente ésta puede solucionar los problemas sociales fundamentales.

Una de las causas de la quiebra de las direcciones sindicales se debe a su equivocada política salarial. Ellas consideran que debe pedirse únicamente lo que es posible conseguir, es decir, agachar la cabeza, aceptar las ideas y la política salarial de la burguesía y de "su" gobierno: recibir lo poco que los explotadores han destinado para los salarios, teniendo cuidado de garantizar para ellos una buena ganancia. El resultado de esta política criminal la tenemos ante nuestros ojos: una clase obrera aniquilada físicamente, desnutrida, con su familia a la que no puede asegurar una alimentación en condiciones humanas.

A las masas se les antoja que la lucha que libran diariamente es traicionada siempre por los malos dirigentes que más parecen lacayos de la burguesía y del gobierno que sus defensores. Los obreros tienen toda la razón cuando repudian a los malos dirigentes, pero están obligados a dotarse de una dirección que asegure la victoria de la lucha por mejores salarios, etc.

II

LA MAL LLAMADA RELOCALIZACION O LA DESOCUPACION MASIVA

Escuchamos diariamente señalar que la desocupación masiva, a la que ha conducido la política de relocalización del actual gobierno y también del anterior, es una especie de maldición que ha caído sobre el pueblo boliviano y esto por primera vez. Tal afirmación no es del todo exacta. Algo similar ya ocurrió como consecuencia de la crisis capitalista mundial de 1929.

Es el propio proceso de producción capitalista el que genera, de manera necesaria e inevitable, la desocupación de una parte de la fuerza de trabajo. La crisis económica estructural capitalista que paraliza parcialmente el aparato productivo aumenta la desocupación hasta índices elevados, la convierte en masiva como la que actualmente tenemos en Bolivia.

A la masa de desocupación que permite funcionar al proceso de producción capitalista se la conoce con el nombre de "ejército industrial de reserva". Rosa Luxemburgo, siguiendo a Marx, escribe:

"Cuando la carga laboral se agrava y la reducción del nivel de vida de los trabajadores llega hasta niveles cercanos a la vida animal, y a veces hasta el mismo nivel, la moderna explotación capitalista se iguala a la que tenía lugar en la economía esclavista y en la servidumbre de la gleba, durante la peor degeneración de estas dos formas de economía, en el período en que ellas se acercaban a su caducidad. Pero lo que ha traído exclusivamente la producción capitalista de mercancías, que era completamente desconocido en todas las épocas anteriores, es la desocupación parcial y, por lo tanto, el no consumo de los trabajadores. La producción capitalista depende del mercado y tiene que seguir la demanda de éste. Pero, ésta varía permanentemente y engendra alternativamente años, temporadas y meses de buenos y malos negocios. El capital tiene que adaptarse constantemente a este cambio de coyuntura y, en consecuencia, emplear ya más, ya menos obreros. De modo que, para tener en cada momento a su disposición el número necesario de fuerza de trabajo para hacer frente a los momentos de máximas exigencias del mercado, tiene que mantener permanentemente disponible, junto a los obreros ocupados, un número considerable de desempleados en reserva. Los obreros

desocupados, como tales, no reciben salario alguno, su fuerza de trabajo no se compra, está simplemente almacenada; de modo que el no consumo de una parte de la clase obrera es parte integrante esencial de la ley del salario de la producción capitalista. Al capital no le interesa en absoluto cómo sostienen su vida esos desocupados, y rechaza todo intento de liquidar el ejército de reserva como algo que pone en peligro sus propios intereses vitales. La crisis algodonera inglesa de 1863 proveyó un notable ejemplo de esto. Cuando, por falta de algodón en rama norteamericano, las hilanderías y tejedurías inglesas tuvieron que interrumpir su funcionamiento repentinamente y, en consecuencia, quedó sin pan una masa de un millón de trabajadores, una parte de estos desocupados se dedicó a emigrar a Australia para evitar la inminente muerte por inanición. Exigieron al parlamento inglés una asignación de dos millones de libras esterlinas para hacer posible la emigración de 50.000 obreros sin empleo. Pero los fabricantes algodoneros levantaron una gritería de indignación contra esta exigencia de los obreros. La industria no podría desenvolverse sin máquinas, y los trabajadores son asimismo máquinas, de modo que tienen que estar disponibles. 'El país' experimentaría una pérdida de cuatro millones de libras esterlinas si los hambrientos desocupados se fuesen repentinamente. El parlamento denegó, en consecuencia, el fondo de emigración, y los desocupados quedaron encadenados a su hambrienta miseria para constituir la reserva necesaria para el capital...

"El ejército de reserva cumple una doble función para el capital, primero, la de proveer la fuerza de trabajo para toda animación repentina de los negocios, y segundo la de ejercer, mediante la concurrencia (oferta) de los desocupados, una presión constante sobre los ocupados, y mantener sus salarios en un mínimo.

"Marx distingue en el ejército de reserva cuatro capas diferentes, cuya función para el capitalismo, y cuyas condiciones de vida, están conformadas de distinta manera. La capa superior está constituida por los obreros industriales periódicamente desocupados, que siempre existen en todos los oficios, incluso en los de mejor situación. Su personal se renueva permanentemente, pues todo trabajador está desocupado en unos períodos y empleado en otros; su número varía fuertemente según la marcha de los negocios, se hace muy grande en tiempos de crisis y pequeño en las buenas coyunturas; pero no se agota nunca y, en general, crece en el curso del desarrollo industrial. La segunda capa, es el proletariado que fluye del campo a la ciudad, compuesto de trabajadores no calificados (entre nosotros los peones de la construcción, sobre todo, G.L) que se presentan en el mercado con las exigencias mínimas; no están ligados a una rama determinada de trabajo en razón de ser trabajadores simples, y actúan como reserva de todas ellas, esperando la oportunidad de emplearse. La tercera categoría es la de los proletarios más

atrasados, que no tienen ninguna ocupación regular y se encuentran permanentemente buscando trabajos ocasionales. Aquí se observan la jornada de trabajo más prolongada y los salarios más bajos, razón por la cual esta capa es tan útil para el capital y tan indispensable como la capa del nivel más alto. Esta capa se recluta permanentemente entre los supernumerarios de la industria y la agricultura, pero especialmente en la pequeña artesanía que se va arruinando y en los oficios secundarios que se van extinguiendo. Constituye la amplia base de la industria domiciliaria y actúa en general, por así decirlo, entre bastidores, detrás del escenario oficial de la industria. No presenta ninguna tendencia a extinguirse sino que, por el contrario, crece tanto por los éxitos cada vez mayores de la industria en la ciudad y el campo, como por una natalidad muy intensa.

"Finalmente, la cuarta capa del ejército de reserva proletario consiste en los directamente miserables: los pobres en parte aptos para el trabajo, que la industria y el comercio emplean en períodos de buena marcha de los negocios, siendo expelidos en primer término en períodos de crisis; en parte ineptos para el trabajo; obreros envejecidos que la industria ya no puede usar, viudas y huérfanos proletarios, niños miserables, víctimas estropeadas y mutiladas de la gran industria, de la minería, etc, y finalmente los desacostumbrados del trabajo: vagabundos y similares. Esta capa desemboca directamente en el lumpenproletariado: delincuentes, prostitutas. El pauperismo, dice Marx, constituye la casa de inválidos de la clase obrera y el peso muerto de su ejército de reserva. Su existencia queda determinada tan necesaria e ineluctablemente por el ejército de reserva, como éste por el desarrollo de la industria. La pobreza y el lumpenproletariado están entre las condiciones de existencia del capitalismo y crecen con él; cuanto mayor es la riqueza social, el capital en funcionamiento y la masa de obreros empleados por él, tanto mayor también la capa de desocupados en reserva, el ejército de reserva. Cuanto mayor el ejército de reserva en relación con la masa de obreros ocupados, tanto mayor la capa inferior de pobreza, pauperismo y delito. De modo que, junto con el capital y la riqueza, crece igualmente, en forma inevitable, la cantidad de desempleados carentes de salarios y, con ellos, la capa de los Lázaro de la clase obrera, la miseria oficial. Esta es, dice Marx, la ley absoluta y universal del desarrollo capitalista".

Con el desarrollo del capitalismo el ejército industrial de reserva ha adquirido un carácter internacional, cuando en un país haya una producción próspera lleva obreros de otras regiones donde hay muchos desocupados. Eso sucede aún en los Estados Unidos de Norte América y fue la norma en el pasado en la Argentina, Uruguay, Brasil, etc.

En otros países de gran desarrollo capitalista, particularmente en las metrópolis del capital financiero, los desocupados perciben un salario mínimo para poder subsistir, para que no desaparezca la fuerza de trabajo. Esto se ha logrado después de largas luchas obreras e importa el reconocimiento de que el ejército industrial de reserva es inseparable del capitalismo, del proceso de la producción en nuestra época.

La impresionante masa de desocupados que actualmente pesa decisivamente en la vida económico-social de Bolivia es la consecuencia directa de la política de corte liberal que los gobiernos últimos, cediendo a la presión del imperialismo, han impuesto. Las grandes metrópolis, particularmente Estados Unidos, se empeñan en descargar el peso de la crisis capitalista sobre las semicolonias (en nuestro caso Bolivia) y lo hacen imponiendo una política económica liberal, aunque ellas no han abandonado del todo el proteccionismo cuando se trata de favorecer a ciertas capas de sus propias burguesías.

La irrestricta libertad de comercio y de empresa han precipitado la recesión de gran parte de las industrias del país, esto porque las leyes de la oferta y de la demanda han puesto en evidencia que las mercancías nacionales no pueden competir con las venidas de otras latitudes por su elevado costo. Libertad de comercio y de empresa (derecho del patrón a despedir a los obreros que no precise o que no producen de manera óptima, consagrado por la legislación laboral concluyen elevando los costos. Los sindicatos consiguieron en los hechos el respeto del derecho al trabajo, reconocido por disposiciones legales secundarias, ahora desconocido con ayuda de la Ley del Trabajo.

La política económica liberal está contenida en los decretos 21060 y 22407. Comercio libre sin restricciones y que casi no paga impuestos, que ha determinado el cierre de las fábricas nacionales, el despido masivo de trabajadores. Los organismos internacionales, particularmente el Fondo Monetario Internacional, han impuesto la disminución del gasto público, como una forma de mantener la paridad monetaria y achicar el déficit fiscal. La consecuencia inmediata ha sido la relocalización de un aplastante número de empleados públicos sin beneficios sociales de ninguna especie.

De esta manera los desocupados (arbitrariamente llamados relocalizados, por qué no les han dado otra ocupación) alcanzan al 20 y 25% de la fuerza de trabajo. No constituyen carga para el Estado ni para el empresariado, sino que se van destruyendo como fuerza de trabajo debido a la extrema miseria que soportan.

Una parte de los desocupados (relocalizados) ha sido empujada al sector informal, al de los pequeños comerciantes, al grupo de obreros que efectúan algún trabajo ocasional por pagas miserables, otros pisan la hoja de coca o instalan pequeños talleres artesanales, en gran medida siguen perteneciendo al ejército industrial de reserva, conforme al análisis hecho más arriba.

Cuando en el futuro se reanime la actividad productiva los contingentes de obreros serán reclutados de esa reserva de la fuerza de trabajo.

De una manera general, estos desocupados o semi desocupados, trabajan poco tiempo y soportan la más negra miseria. Los pequeñísimos comerciantes (su número es tan grande que en las calles de las ciudades se tiene la impresión de que es toda la población la que vende) no logran ganar ni siquiera para cubrir las necesidades más premiosas de alimentación.

El Estado, que choca con serias dificultades para poder recaudar el dinero suficiente que le permita atender sus obligaciones habituales, se da modos para cobrar impuestos insignificantes a estos peculiares comerciantes (los que deambulan por mercados y calles, por ejemplo); lo que se traduce en mayor miseria y malestar social.

Algunos desocupados han vuelto al campo (una de las particularidades de la clase obrera boliviana consiste en el gran peso que tiene en su seno el semiproletariado que aún continúa estrechamente vinculado al agro), pero no tardan en ser arrastrados por la fuerte corriente humana migratoria hacia las ciudades debido a la tremenda acentuación de la miseria entre los campesinos.

RESPUESTA OBRERA

La desocupación masiva es una de las consecuencias del esfuerzo que hace la burguesía para superar la crisis estructural capitalista por el camino del desastre, de la destrucción en gran escala de las fuerzas productivas (cuanto mayor sea esa destrucción existe la posibilidad de un pronto mejoramiento de la economía en su conjunto), paralización de las máquinas y de la fuerza de trabajo.

Diremos de paso que el proletariado sostiene que para acabar con la crisis económica estructural se tiene que destruir la gran propiedad privada burguesa, que en la actualidad cumple la tarea de estranguladora de las fuerzas productivas que

pugnan por crecer más y más, chocando en su empeño con la gran propiedad privada de los medios de producción.

La clase obrera y sus sindicatos están obligados a dar respuestas categóricas y claras a las consecuencias desastrosas de la desocupación masiva de los trabajadores, que ciertamente son diametralmente diferentes y opuestas a las recetas que manejan la burguesía y "su" gobierno.

Resulta inexplicable que hasta ahora no se hubiese logrado arrancar a la clase dominante la concesión de un salario, aunque mínimo, para que los desocupados puedan soportar el azote de la cesantía forzada, esto tomando en cuenta que el desocupado es parte del ejército industrial de reserva, utilizado para sus fines por los capitalistas, lo que obliga a concluir que nada más lógico que sea alimentado por éstos y por "su" gobierno. Entre nosotros ese salario que es perseguido se conoce con el nombre de seguro por cesantía forzosa.

Esta reivindicación fue lanzada ya en 1946, pero los sindicatos hasta la fecha no han hecho nada para materializada. No puede esperarse que los patrones concedan el salario de cesantía por voluntad propia, esa tarea de arrancarlo es de responsabilidad de las organizaciones sindicales.

La burguesía sostiene que la única manera de superar la cesantía consiste en lograr la reactivación económica, que la totalidad de las fábricas se pongan en marcha con su capacidad instalada al máximo, mientras tanto -dice- la clase obrera debe contribuir al fortalecimiento de la economía y no entorpecer este proceso con demandas de corte económico. Dicho de otra manera, se aconseja a la clase obrera, a los desocupados, a soportar sacrificadamente los malos tiempos que corren.

En nuestro país ya se ha señalado con anterioridad, en la "Tesis de Pulacayo", que la verdadera solución al problema de la desocupación consiste en imponer la escala móvil de horas de trabajo.

La escala móvil de horas de trabajo consiste en lo siguiente: la masa de puestos de trabajo (medida en horas) debe dividirse entre el número de desocupados existente más el de los obreros que se encuentran en actividad laboral, lo que necesariamente se traducirá en disminución de las horas de la jornada de trabajo. Tiene que subrayarse que esa disminución de las horas de trabajo no debe suponer la disminución de los salarios, pues corresponden a lo menos que debe ganar el obrero para poder reproducir su fuerza de trabajo en condiciones normales.

la clase dominante, el gobierno, responderán que esa forma de solucionar la desocupación masiva importaría nada menos que la destrucción de todas las industrias. El argumento importa el reconocimiento de que la burguesía ha llegado a su total agotamiento, al extremo de que ya no puede otorgar trabajo a los obreros.

Lo anterior exige de las organizaciones sindicales usar a fondo la acción directa de masas para imponer la solución al problema de la desocupación masiva de acuerdo a los intereses vitales de la clase obrera.

EFFECTO DE LA PRIVATIZACION DE LAS EMPRESAS ESTATALES

La política económica liberal potencia a la iniciativa privada como el eje de la vida del país en todos los aspectos. Al mismo tiempo, el Estado burgués casi no debe intervenir en las actividades económicas, debe -como sostienen los partidos capitalistas- achicarse, reducirse a garantizar al individuo en todo lo que haga.

La concentración en manos del Estado de las empresas y de las actividades económicas, el estatismo, ahora que impera el liberalismo como la columna vertebral de la política gubernamental, son presentados como antiguallas despreciables. La necesidad imperialista de superar los efectos de la crisis capitalista y el hundimiento internacional del stalinismo, conocido como sinónimo de economía estatizada y planificada, han creado las condiciones para que el país en su conjunto sea convertido en mercado abierto en el que puedan imponer su voluntad y dar rienda suelta a su voracidad las transnacionales, el imperialismo. Para que prospere esta política se impone lanzar al mercado a todo lo que estaba casi tradicionalmente en manos del Estado, las empresas, los servicios públicos (educación, comunicaciones, servicio de caminos, salud, etc.). Se trata de una corriente mundial que busca que en la economía imperen irrestrictas las leyes del mercado, que, como se sabe, permitirá que las transnacionales más poderosas y las grandes metrópolis del capital financiero (imperialismo), acaben tragándose a las más débiles. No pocos países latinoamericanos, como la Argentina, el Brasil, México, etc., han superado a Bolivia en la aplicación de esta política.

En este caso privatizar quiere decir entregar al capital privado (en el caso boliviano se trata de las transnacionales, del imperialismo, aunque actúen a través de algunos empresarios privados) las empresas que pertenecen al Estado nacional, al sector público; han sido lanzadas al mercado para que las adquiera el mejor postor.

Las sociedades mixtas entre las empresas estatizadas y las transnacionales, también las llamadas de riesgo compartido, no son más que caretas de la privatización, del cambio de dueño de las empresas que hasta hoy pertenecieron o pertenecen todavía al Estado.

El gobierno burgués considera que el potenciamiento económico de Bolivia depende de la ejecución a fondo de la privatización de las empresas estatales, cree que así, por ejemplo, el país se convertirá de pequeño productor de petróleo en una verdadera potencia mundial. ¿Todo, inclusive la aparición de recursos naturales, depende de la extrema liberalidad de las leyes? Difícil imaginar una mayor tontería.

La privatización lanza al mercado, junto a las empresas y a los recursos naturales, a los obreros, lo que significa aumentar la desocupación y deprimir los salarios. Es explicable la resistencia sindical a los planes privatizadores.

La privatización es parte de la política liberal, concretizada en los Decretos 21060 y 22407, en las leyes de Inversión, de Minería e Hidrocarburos. Se busca dar las mayores facilidades y seguridades a los inversionistas, eliminar todo lo que hasta ahora el Estado consideró indispensable para preservar los intereses nacionales (franja de seguridad de 50 kilómetros en las regiones fronterizas, licitación pública para los contratos relacionados con las riquezas públicas, etc.).

La privatización de las empresas estatizadas es una imposición imperialista y punto de partida de la libertad de comercio, de la política de puertas abiertas, que culminan en la invasión del capital financiero en el país para convertirlo en su hacienda, en su semicolonía.

Cuando fue lanzado el Decreto 21060 -actualmente profundizado por el igual 22407- el Partido Obrero Revolucionario señaló que había una sola forma de defender la estatización de la grandes minas, a Bolivia frente a la voracidad imperialista, procediendo a la ocupación de las empresas mineras por la clase obrera; en la perspectiva de que la nación oprimida se proyecte hacia la conquista del poder político. No se trataba, ni se trata, de realizar un acto simbólico, sino de arremeter contra el gobierno de la burguesía luchando, al mismo tiempo, por solucionar los problemas vitales de los explotados, como son los de trabajo, salarios, etc.

La burocracia y el reformismo combatieron contra dicho planteamiento y prefirieron dedicarse a dialogar largamente con el oficialismo (según se dijo para convencer a los agentes del imperialismo y del empresariado que abandonen el liberalismo y

retornen al estatismo, a ofrecerles soluciones salvadoras de las minas en crisis y en situación de pérdida. Esta política estúpida culminó con la curiosa y tonta oferta de la dirección de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia de actuar como administradora de las minas, de conseguir capitales en algún lugar misterioso del exterior bajo el rótulo no menos ocurrente de "contrato colectivo"), lo que sirvió a perfección para distraer y desmovilizar a los trabajadores, para facilitar la aplicación progresiva de la privatización y que en este momento ha cobrado tanto impulso que arremete contra las empresas más importantes del sector público (YPFB, COMIBOL, LAB). Pese a todo esto, la burocracia se limita a amenazar con movilizaciones buscando que el gobierno continúe dialogando con ella y le meta los dedos a la boca. Lanzada la amenaza se añade que no se busca molestar a nadie, ni siquiera interrumpir el tráfico vehicular por las calles, y que todo acabará con la concesión de audiencias por los respectivos ministros.

La burocracia subraya reiteradamente que no es política y que está por encima de los partidos, aunque en la práctica se mueve obedientemente para cumplir las órdenes impartidas por el gobierno y por el imperialismo.

Esta es la causa por la cual el grueso de la masas ha dado las espaldas a la burocracia sindical y la combate sin tregua. En el último ampliado de la Federación de Mineros (mediados del mes de octubre) los pocos delegados de base dijeron a los burócratas que ellos no tienen miedo de hacer política, por considerar que únicamente así podrán resolver sus problemas y liberarse, que es tiempo de acabar con el diálogo capitulador.

En la asamblea de San José, que siguió al ampliado, se cumplió el temor de los burócratas de ser sentados en la picota, los obreros los acusaron de traidores, de proxenetas del gobierno y les dijeron que eran los responsables de que con su lucha no hubieran conseguido nada fundamental, excepto el de alejar de los lugares de trabajo a algunos carabineros.

El papel traidor de la burocracia viene de lejos. Después de 1952 ayudó al gobierno movimientista a desvirtuar la política y consignas revolucionarias de los trabajadores. Eso sucedió no solamente con la nacionalización de la gran minería, que de concebida como una expropiación para que las minas pasen a manos de los trabajadores se trocó en una especie de compra de ellas por el Estado, al margen de los mineros, particularmente tratándose del control obrero. Desde el año 1946 ("Tesis de Pulacayo") se venía agitando el control de la clase obrera -control colectivo- de las minas y de las empresas capitalistas, en la perspectiva de la conquista del poder. El Movimiento Nacionalista Revolucionario, la dirección de la

Central Obrera Boliviana y de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (ya en camino de convertirse en burocracia oficialista) tomaron el nombre de la consigna de los explotados, la vaciaron de todo contenido revolucionario y la llenaron de política burguesa, así se impuso el control obrero individual, que no pocas veces traicionó los intereses de los sindicalizados, se hundió en la corrupción e invariablemente sirvió al oficialismo.

En la actualidad la burocracia acepta la presencia de capital financiero, de las transnacionales en las empresas estatales y lo que exige es que se cumplan algunas condiciones mínimas y sobre todo no perjudiquen los derechos de los trabajadores. Ha cedido ya mucho terreno ante la poderosa presión de los capitalistas y de su gobierno. Algún burócrata no dubitó en sostener que la dirección sindical defendía la nacionalización de las minas porque asegura puestos de trabajo, condiciones pasables de salarios, educación y sanidad pagadas por la empresa. Hay que lamentar que los dirigentes ignoren lo que realmente significa la nacionalización de las empresas en la lucha política antiimperialista y por la liberación de los explotados.

Los dirigentes identificados con los intereses generales de los explotados y no únicamente con los salariales, tienen que comprender que la lucha por la nacionalización de las empresas, hoy en manos del capital financiero y su defensa ante los planes privatizadores del gobierno, constituyen deberes elementales porque forman parte de la batalla que se viene librando por la nación oprimida contra el imperialismo, por la recuperación de la soberanía del Estado, Porque así se allana el camino hacia la profunda transformación de la sociedad capitalista. La revolución (lo que muchos llaman diplomáticamente "modernización") permitirá sustituir a la caduca gran propiedad privada de los medios de producción por la propiedad social, la estatización de las empresas contribuye a esta sustitución, mejora el punto de partida de la actividad transformadora de la nación oprimida.

La Posición correcta cuando se lucha contra el liberalismo económico consiste en reivindicar abiertamente el estatismo y el proteccionismo en favor de las empresas nacionales, de defenderlas ante la arremetida del capital financiero. Si hubiera una poderosa y progresista burguesía nacional sería estatista y proteccionista frente a la voracidad y absorcionismo imperialistas, para poder así potenciarse económicamente, al extremo de entrar en pugna económica con las metrópolis opresoras y saqueadoras.

En estas condiciones el Estado es factor económico, poderosa palanca que precisan las fuerzas productivas para desarrollarse. La clase dominante boliviana, miserable,

sin imaginación, pedigüeña de los favores del amo extranjero, ha demostrado total incapacidad para usar debidamente esa palanca. En lugar de engrandecerse económicamente ha concluido como sirviente de la antipatria.

Estamos seguros que la actual conducta de la burocracia sindical y del reformismo concluirá coadyuvando a la total privatización de las empresas públicas, si antes las masas no expulsan del poder a la burguesía. No se puede olvidar que se trata de la columna vertebral de la política burguesa y de los planes gubernamentales. Si éstos no logran imponerse, importando poco por qué medios, perderían la confianza y el apoyo económico del imperialismo y el Gobierno de Unidad Nacional habría cavado su tumba.

Se argumenta que en los países llamados hasta la víspera "comunistas" (en verdad stalinistas conservadores) también avanza la privatización y la economía de mercado. Es así y se tiene que aclarar que se trata del avance de la restauración capitalista en los Estados obreros degenerados, que los revolucionarios no tienen por qué apoyarla y si más bien el combatirla de la manera más decidida.

¿Cómo defendernos del imperialismo? ¿Cómo conquistar la liberación nacional? ¿Cómo hacer avanzar la revolución proletaria? Precisamente, defendiendo a las empresas estatizadas, planteando la estatización de la banca, de las empresas en manos del capital financiero, de las transnacionales. La ocupación de las minas y de las empresas por los trabajadores, que utilizarán el control obrero colectivo, constituye una palanca poderosa que debe ser utilizada en esta lucha de importancia trascendental.

Estamos seguros que la victoria en esta batalla estará acompañada del aplastamiento y expulsión de la burocracia del reformismo proburgués y democratizante.

III

¿DESTRUIDA O DEBILITADA LA CLASE OBRERA?

Escuchamos que hasta los propios miembros de la incapaz burocracia sindical se consuelan de su inutilidad con el argumento de que los decretos 21060 y 22407 han asestado un rudo golpe a la clase obrera boliviana y la han debilitado hasta límites extremos. Ese absurdo se utiliza diariamente para justificar su oposición a las masas radicalizadas y su trabajo de debilitamiento y sectorialización de la lucha de los sindicatos.

La clase obrera no ha desaparecido como consecuencia de la crisis capitalista y de los decretos (21060 y 22407) recesionistas y relocalizadores. Una parte impresionante de ella se ha desplazado a engrosar el ejército industrial de reserva. Parece olvidarse que la masa desocupada sigue luchando contra el sistema capitalista y girando alrededor de sus viejos sindicatos, pese a la actitud derrotista y capituladora de la burocracia sindical traidora y sirviente de la burguesía y su gobierno.

¿Qué es la clase obrera según la concepción marxista? Ciertamente que no la masa amorfa e instintiva que es explotada por los capitalistas, sino esa masa cuando ha evolucionado hasta diferenciarse ideológica, política y organizativamente de la burguesía, principalmente, es decir cuando ha adquirido conciencia de clase, cuando plantea su propia política y una particular e inconfundible finalidad estratégica de lucha, que responde a sus intereses particulares, diferentes y opuestos a los de la clase dominante. Esto quiere decir que la clase obrera estructurada como tal se organiza como partido político y es programa. Dicho de otra manera, el proletariado como clase quiere decir que tiene conciencia de que es clase explotada bajo el capitalismo, que seguirá siendo mientras persista el salario, que sabe cómo se libertará, siguiendo el camino de la destrucción del orden social imperante por la vía insurreccional.

Esta es la teoría de la revolución en un determinado país, en esta etapa de la revolución mundial socialista, que se plasma en programa, cuyo eje fundamental es la finalidad estratégica o forma de gobierno que se postula, la estructuración de la dictadura del proletariado. Se trata de la expresión política de las leyes del desarrollo y transformación de la sociedad, es decir de la ciencia social.

La conciencia de clase, la doctrina de la revolución social, se forman en el seno de la vanguardia del proletariado, no en medio de toda la masa. Esta vanguardia políticamente organizada es el partido político compuesto de revolucionarios profesionales, que expresa los intereses generales de la clase y que pugna por materializarlos, muchas veces en lucha contra las capas más rezagadas de las masas. Este proceso se plasma -repetimos- en el programa político.

La lucha política que llevará a los explotados a su liberación es la lucha de la clase obrera contra la burguesía como clase, por esto representada por "su" Estado. En esta lucha (no hay que confundirla con cualquier escaramuza, con cualquier conflicto laboral) emerge la política proletaria, distinta y opuesta a la burguesa.

Se llega a la lucha política partiendo y superando las demandas y conflictos cotidianos, generalizándolos, logrando que sean el choque de clase contra clase. No se trata únicamente de los objetivos que se plantean (pueden ser salariales, referentes a las condiciones de vida o de trabajo) sino de que se generalicen, engloben los intereses generales de la clase, entonces toda lucha parcial, local, etc., se trueca en lucha de clase contra clase, en lucha política.

Es esto lo que nunca ha llegado a comprender la burocracia sindical debido tanto a sus limitaciones políticas como a sus intereses materiales, a su entroncamiento en el reformismo electoralista y legalista. Para ella toda demanda de salarios, aunque se torne en general, en nacional, sigue siendo, salarialista, economicista. Si da lugar a una huelga general, sostienen que no es política sino economicista.

Hablando con propiedad y precisión, el economicismo es la lucha parcial, sectorial, aunque se refiere a demandas sobre problemas políticos.

¿Por qué esta ceguera? Sobre todo porque son reformistas y los objetivos revolucionarios, estratégicos, se les antojan lejanos, utópicos, que vendrán de no se sabe dónde y en un futuro indeterminado, mejor, nunca. Se agotan implorando a las propias autoridades para que coloquen algunos parches al envejecido cuerpo del capitalismo, por esto separan de manera total la finalidad estratégica de la táctica diaria y solamente se limitan a esta última. A esto llaman luchar únicamente por lo que se puede conseguir sin soñar en metas imposibles.

Desde el momento en que se crea un profundo abismo entre la lucha diaria y la revolución, se renuncia a esta última -y esto de manera, definitiva- y únicamente se persiguen algunas pequeñas reformas. Los más osados enarbolan el gradualismo

evolucionista. Dicen que poco a poco, logrando incesantemente reformas, por muy pequeñas que sean, se concluirá llegando al socialismo algún día. Las reformas, por importantes que sean, no transforman cualitativamente la estructura económica de la sociedad, solamente pueden introducir cambios cuantitativos. El capitalismo sigue siendo capitalismo mientras queda en pie la gran propiedad privada de los medios de producción (siendo una de sus consecuencias el asalariado), esto pese a las más atrevidas reformas que se le puedan introducir. Aquí entronca la esencia de la política revolucionaria del proletariado.

La conciencia de clase, que llega a un alto nivel con la estructuración del partido revolucionario del proletariado, que se traduce en programa, no se pierde porque los obreros activos disminuyen significativamente su número, porque una parte considerable se traslade al ejército industrial de reserva, que ahora se trata de esto. La conciencia permanece vigente, en acción, a través del partido revolucionario, del programa.

Esa conciencia de clase, sus intereses generales, su finalidad estratégica, encarnados en lo más selecto de la clase obrera, pueden tornarse práctica, materialización, por los canales clasistas no estrictamente proletarios, a través de la acción de sectores de la clase media, de los campesinos, de la nación oprimida por el imperialismo. En numerosas oportunidades los universitarios, los maestros, enarbolan en sus movilizaciones la política proletaria.

No puede hablarse de que la clase obrera desaparece y se muestra disminuida políticamente (que es esto lo que cuenta por encarnar los intereses generales de la clase) todo porque crece la desocupación, porque en algunas concentraciones obreras el número de obreros se ha reducido significativamente. La experiencia nos enseña que los desocupados siguen luchando, siguen girando alrededor de sus sindicatos tradicionales, pese a que la burocracia comete el descomunal error de no organizarlos, de no encabezar su lucha contra la miseria.

El partido revolucionario del proletariado encarna a lo mejor de la clase, es ésta misma si se trata de expresar el objetivo estratégico revolucionario en la lucha de clases. Y el partido es, sobre todas las cosas, programa. Es debido a estas características que puede enseñorearse como la dirección de la nación oprimida por el imperialismo, que pugna por emanciparse de su sojuzgador foráneo, por imponer la soberanía estatal, etc.

El partido revolucionario, expresión de la esencia del proletariado y de la estrategia de éste, no desaparece, no se debilita, por el aumento o merma de la desocupación.

La clase obrera sabe que para libertarse tiene que libertar a toda la sociedad y encaminarse a superar toda forma de opresión de clase, por ser revolucionaria se encamina a convertirse en dirección de toda la nación oprimida por el imperialismo y será ésta la que protagonice la revolución proletaria. Es a través de su partido político que el proletariado actúa e impulsa a las masas en general hacia la insurrección, proceso que no desaparece porque se producen oscilaciones cuantitativas profundas en el seno de la clase.

La hipotética desaparición del proletariado o su minimización hasta aproximarse a cero, no importaría que sea borrado del escenario político, sino que seguiría actuando a través de su partido político en la perspectiva de convertir a la sociedad en el producto de trabajadores libres. Hasta ahora no hemos escuchado una refutación convincente al anterior planteamiento.

La burocracia cree, en último término, que la desocupación masiva constituye nada menos que una derrota de las masas, de la clase obrera, particularmente. Este planteamiento, que es utilizado para justificar la política de colaboracionismo de clase de la burocracia, es falso.

Únicamente las derrotas físicas (una masacre, por ejemplo) se traducen en el aplastamiento y dispersión de las masas. No deben ser confundidas con los retrocesos, con las depresiones momentáneas, que casi siempre siguen a las frustraciones en la lucha, al no haber logrado imponer determinadas reivindicaciones, etc.

La causa de la actual desocupación es la crisis capitalista estructural de dimensión mundial, que prueba de manera inobjetable que la actual sociedad está madura económicamente para la revolución proletaria. Si esto es evidente (la gran propiedad privada destruye a las fuerzas productivas), la crisis, que supone la paralización total o parcial de empresas y, por tanto, el aumento de la desocupación, no derrota por sí misma al proletariado, lo que hace es emplazarlo para que consuma la revolución, que abra la perspectiva de la superación definitiva de la crisis como consecuencia de la estructuración de los basamentos de una nueva sociedad no clasista. Hay que comprender que la crisis económica capitalista impulsa políticamente al proletariado, crea las condiciones objetivas (o económicas) de la revolución, o, que plantea la necesidad histórica del fortalecimiento de la llamada a actuar como timonel de la nación oprimida.

Veamos cuáles son las verdaderas causas de la aguda crisis del sindicalismo boliviano. La otrora poderosa Central Obrera Boliviana se ve alicaída, carece de convocatoria, todo movimiento que desencadena concluye en el fracaso, de manera invariable las bases se rebelan contra la dirección, etc. Esto mismo sucede en el ámbito de confederaciones y federaciones, con poquísimas excepciones.

La llamada quiebra y crisis del sindicalismo, equivocada y abusivamente se extiende a todo el movimiento sindical, obrero, popular, de masas, y no únicamente a las direcciones. Este planteamiento es desmentido todos los días: los explotados, las multitudes, ganan las calles, protagonizan huelgas de diversos tipos, bloquean caminos, etc., luchan utilizando la acción directa para imponer sus reivindicaciones que buscan mejores condiciones de vida y de trabajo. Que las masas están movilizadas, en tensión y radicalizándose día que pasa, se ratifica por la enorme capacidad creadora que demuestran. Inesperadamente nos sorprenden con nuevas y nuevas modalidades de lucha, que ponen en situación crítica al gobierno y a los empleadores, etc.

Cuando los explotados se movilizan sistemáticamente, luchan, protestan, plantean demandas, hay que concluir que están en ascenso, que se radicalizan porque la acción en las calles adquiere dimensiones siempre insospechadas. Es este fenómeno el que permite afirmar que está dada la situación prerrevolucionaria y que lleva en sus entrañas los gérmenes que al desarrollarse pueda desembocar en una francamente revolucionaria.

Lo que sucede en el ámbito de la clase dominante confirma lo que sostenemos: los partidos burgueses -oficialistas y opositores- han ingresado a un rápido proceso de desintegración, de podredumbre, de impopularidad. El equipo gubernamental deja progresivamente de gobernar y todos descubren que no sirve más que para apropiarse dolosamente de los dineros fiscales. Los grupos burgueses ponen en evidencia que no dudan en usar el fraude para llegar hasta el Palacio de Gobierno, porque desde allí pueden satisfacer sus planes de rápido enriquecimiento, etc.

Por consecuencia, considerables sectores de la clase media y de la propia clase dominante oscilan hacia las posiciones radicales del proletariado. Para todos la cuestión más importante es la de encontrar gente honrada y valiente que pueda barrer con tanta podredumbre.

La burocracia sindical no marcha con las masas sino contra ellas, se empeña tercamente en poner a salvo nada menos que al régimen capitalista, esto cuando la mayoría nacional arremete contra éste, contra sus fundamentos materiales. Ahora

más que nunca la lucha de clases aparece como la expresión social de la lucha alrededor de la apropiación de la plusvalía producida por los obreros.

La burocracia sindical por su propia naturaleza cede ante la poderosa presión que sobre ella ejercitan los empresarios, el gobierno burgués y el imperialismo, esto porque gradualmente ha logrado emanciparse del control y presión de las bases obreras. Se constituye en camarillas alrededor básicamente de intereses materiales, de su arribismo económico y social. De manera inevitable entronca políticamente en el reformismo, en el parlamentarismo legalista, etc., lo que significa que ha abandonado la política revolucionaria del proletariado para sumarse a la práctica de formas de la politiquería burguesa, generalmente encubiertas. Tal es el basamento de su conducta antiobrera y contrarrevolucionaria. Han dejado de representar los intereses obreros y cifran su presente y su porvenir en la supervivencia del capitalismo en descomposición.

Algunos podrían pensar que la actual dirigencia de la Central Obrera Boliviana y de otras grandes organizaciones laborales no tardarán en comprender que su defensa de la explotación empresarial y de la inconducta del gobierno burgués, constituyen gruesos errores y que luego no tardarán en rectificar su inconducta y casi automáticamente, procederán a rectificar su orientación, es decir, que retomarán al campo de la revolución. Como capa social no lograrán materializar este cambio, aunque sí pueden darse algunos cambios individuales. No solamente se trata de que abandonen sus actuales privilegios, su perspectiva de perpetuarse en los puestos de mando de las organizaciones sindicales, sino de que superen sus actuales convicciones políticas reformista de colaboracionismo clasista, pues lo que han hecho abandonar la lucha irreconciliable entre burguesía proletariado.

Constituye un error tomar en cuenta la conducta, la de popularidad y de convocatoria de la burocracia sindical, incapacidad para potenciar la lucha de los explotados, para juzgar la situación de las masas y de la clase obrera particularmente. Dirección sindical y masas son actualmente fenómenos contrapuestos y, a su modo, traducen la lucha clases, el enfrentamiento entre la burguesía y el proletariado. Esta realidad se concretiza en el choque entre el Gobierno Unidad Nacional, como expresión de los intereses generales de la política de la burguesía, y el partido revolucionario del proletariado, el Partido Obrero Revolucionario. Nadie puede dudar que en la lucha de clases la burocracia sindical corrupta e incapaz, actúa como canal por el que se difunde la política burguesa (generalmente bajo la envoltura reformista y colaboracionismo clasista) en el seno de las masas.

La inconducta de la burocracia y el desarrollo de los acontecimientos, nos llevan al convencimiento de que en esta etapa de derrumbe de la clase dominante, que se concretiza las tremendas dificultades (generalmente opuestas por masas, por la clase obrera, en el caso de los planes privatizadores, por ejemplo) que encuentra el gobierno para aplicar su política, que se convierte para él en una prueba vida o muerte porque no es más que la expresión de los planes que ordena el imperialismo. La burocracia sindical toda funciona como un obstáculo que impide el estallido de rebelión de los de abajo contra la política antinacional antipopular del GUN. Sin la presencia de la burocracia en escenario político-sindical es claro que el reinado de la burguesía llegaría a su fin de manera catastrófica y rápida.

Lo que hace la burocracia sindical no es algo inesperado, sorprendente, es la consecuencia inevitable de su orientación política y de sus intereses materiales. La presión de la clase dominante y los favores que le presta le abren la posibilidad integrarse a la pequeñaburguesía y hasta a la burguesía, es la vieja sociedad que absorbe a la capa obrera desprendida de las masas, de las bases sindicales.

Muchas veces se ha observado que la burocracia bajo la presión de las masas radicalizadas se ve obligada a sumarse a las grandes movilizaciones y aparecer momentáneamente como sostenedora de posiciones extremas de lucha. Se trata de un esfuerzo de sobrevivir, de acomodarse a las circunstancias imperantes a fin de no perder la posibilidad de seguir usurpando los puestos de dirección de las organizaciones sindicales. No quiere decir que hubiese dejado de servir los intereses del enemigo de clase, pues no bien se presente la menor oportunidad volverá a traicionar a los explotados, volverá a agotar todos los recursos a fin de imponer la política burguesa.

La experiencia y el interés de potenciar la política revolucionaria, enseñan que la superación de la actual situación de empantanamiento de las grandes direcciones sindicales no se dará por el camino de intentar la transformación de la burocracia en un equipo de revolucionarios, sino que corresponde sustituirla por una nueva dirección que esté a la altura de las masas movilizadas y radicalizadas, que sea capaz de asegurar la victoria de la lucha revolucionaria ya desencadenada.

El repudio de las bases sindicafizadas a la burocracia es algo que no ofrece la menor duda y es algo que se constata todos los días en las asambleas a las que concurren las bases, sin embargo siguen siendo reelegidos en los congresos nacionales y de otros niveles.

El congreso de la Central Obrera Boliviana, más democrático, por ejemplo, al que asistan delegados de base genuinos, etc., se colocará siempre más a la derecha que las bases debido, sobre todo, a la mediación de la dirección sindical, que tiende a distorsionar el pensamiento y la voluntad del grueso de los sindicalizados. En la actualidad el caso es diferente, la burocracia y el aparato estatal se empeñan a fondo para deformar la representación ante los congresos, para controlarlos desde arriba, para sobornar a los delegados etc., y casi siempre resultan victoriosos. De esta manera, los congresos aprueban resoluciones y líneas políticas contraria a la voluntad y estado de ánimo de las masas.

De manera esquemática no pocos sostienen que lo correcto es esperar las reuniones estatutarias de los sindicatos para procurar la sustitución de las envejecidas y traidoras direcciones por otras mejores y revolucionarias, como siempre sucede, el esquema concluye siendo rectificado a fondo por la actividad diaria de los explotados, por sus luchas. La experiencia nos enseña que las masas radicalizadas se dan las direcciones que precisan desde abajo y en pleno combate, rompen las formalidades estatutarias e imponen autoritariamente su voluntad. Estamos seguros que por este camino se enseñoreará una nueva dirección que esté a la altura de los acontecimientos y que corresponda a la radicalización y politización de las masas.

Desde hace algún tiempo menudean en el plano internacional las teorías acerca de la desaparición de la clase obrera como revolucionaria, se argumenta que habría sido absorbida por el propio capitalismo, domesticada y diluida en la sociedad de consumo. Otros argumentan que a medida que avanza la tecnología, que se robotiza la producción, el proletariado se minimiza y tiende a desaparecer físicamente. Es una ley de la producción capitalista que la máquina tiende a disminuir el volumen de la fuerza de trabajo en la producción, que introduce variantes en el proceso de la producción al aumentar sustancialmente el ritmo del trabajo, que supone una mayor explotación relativa del obrero. Sin embargo, la máquina, por muy sofisticada que sea, siempre será manejada por los trabajadores. No importan las modificaciones que introduzca la máquina, el proletariado, seguirá siendo la clase revolucionaria, la única que puede transformar radicalmente el capitalismo, que se levanta sobre la desigualdad y explotación sociales, esto por el lugar que ocupa en el proceso de la producción, por ser fuerza de trabajo no propietaria.

Los grupos revisionistas, proburgueses y democratizantes (MBL, PCB, PS-1, etc.) llevan las anteriores argumentaciones a su expresión más torpe al sostener que, en último término, la clase obrera desaparece al verse numéricamente minimizada. ¿Cómo entonces sigue en pie el capitalismo y actuando despóticamente sobre el

país a través del GUN, entregándolo y entregándonos a la voracidad imperialista? Este aparente misterio no ha sido explicado hasta ahora.

Entonces, ¿qué clase social ocupará el lugar del proletariado como dirección revolucionaria de la mayoría nacional? ¿O acaso ha pasado para siempre la época de las revoluciones sociales, lo que importaría proclamar la perennidad para siempre del orden social burgués?

En la última época y bajo el impulso de algunas organizaciones no gubernamentales, que tanto han tenido que ver en la configuración de la Confederación Unica de Campesinos, ha aflorado la tendencia que exige que la dirección de la Central Obrera Boliviana pese a manos de los oprimidos del agro. La variante más nueva de esa postura dice que la COB, por corresponder a la minoritaria clase obrera, debe adherirse a la mayoritaria CSUTCB, por ser expresión del campesinado. Así se formula el planteamiento de que serán los campesinos los que sustituyan a la clase obrera, sobre todo por consideraciones cuantitativas.

La propia naturaleza del país (capitalista atrasado, de economía combinada e integrando a la economía mundial) es la que determina que la revolución, necesariamente mayoritaria y nacional, será protagonizada por la nación oprimida por el imperialismo, nosotros añadimos, siempre que esté políticamente dirigida por el proletariado.

El liderazgo del campesinado de la mayoría nacional supondría que aquel puede expresar políticamente los intereses generales (estratégicos y de estructuración de la nueva sociedad) de las otras clases sociales. Tratándose del proletariado parece imposible que se concrete dicho fenómeno. La clase obrera no propietaria de los medios de producción es instintivamente comunista y constituye la negación dialéctica del capitalismo, de la gran propiedad privada. ¿Cómo puede la masa de pequeños parcelarios y de comunarios, todos inmersos en el trabajo individual familiar de corte precapitalista, expresar políticamente el instinto comunista proletario, es decir, superarlo, tornarlo consciente? ¿El campesino para libertarse, para afirmarse como propietario, para lograr la autodeterminación de la nacionalidades nativas oprimidas, tendría necesariamente que libertar al proletariado, apoyarse en éste de manera inexcusable? La respuesta afirmativa importaría que el campesinado para defender su parcela e inclusive agrandarla tendría necesariamente que potenciar la lucha de los proletarios comunistas, por eso mismo propugnadores de la granja colectiva, de la desaparición inclusive de las parcelas en el agro. ¿Generalizar el sistema de las parcelas en todo el campo significaría crear la premisa que permitiría la aparición de la gran hacienda agraria,

el camino que recorrió el capitalismo? El campesino, herencia del pasado precapitalista, carece de posibilidades para romper este círculo vicioso. Desde el poder implantaría una sociedad de pequeños propietarios, lo que resulta inconcebible teniendo en cuenta el camino recorrido hasta ahora por la sociedad humana.

El gobierno campesino, de pequeños propietarios, no tendría posibilidades de crear las condiciones indispensables para el uso pleno de la máquina en el campo, imprescindible para el crecimiento de las fuerzas productivas. Ese gobierno es inviable como lo es la sociedad de pequeños parcelarios.

La pequeñaburguesía de las ciudades tampoco puede expresarse a través del campesinado porque bajo un gobierno de pequeños parcelarios del agro no podría solucionar su miseria y llegar a ser gran propietaria.

El obstáculo más grande radica en que el campesinado en esta época no tiene posibilidades de expresar por sí mismo sus intereses generales, es decir, no se expresa políticamente, por esto mismo no puede ser partido político. Se trata de un conglomerado de naciones-clases que constantemente oscila entre las posiciones políticas burguesas y proletarias, como demuestra la historia nacional e internacional.

A veces se dijo que el proletariado mediatizado por el propio capitalismo sería reemplazado por las vanguardias estudiantiles, tan radicales y combativas en los años sesenta. En nuestro país se ha dado respuesta, en alguna forma, a la cuestión. El radicalismo de las capas docentes, y estudiantiles ha encarnado, precisamente, la política revolucionaria del proletariado, vale decir comunista, anticapitalista radical. Docentes y estudiantes son parte integrante de la clase media y por esto no pueden desarrollar de manera consecuente y larga una política particular, cualitativamente diferente a la burguesa y proletaria, sino que se desplazan constantemente entre ambas posiciones. Para no perdernos en el subjetivismo, en disquisiciones abstractas y pretendidamente teóricas, estamos obligados a observar la realidad, lo que sucede cotidianamente ante nuestros ojos.

La política boliviana, como consecuencia de la movilización y radicalización de las masas, ha concluido polarizada entre la política del proletariado -Partido Obrero Revolucionario- y el Gobierno de Unidad Nacional, como expresión de la burguesía, de la clase dominante, vale decir del pro-imperialismo. En otras palabras, la verdadera lucha política se libra y cada vez de manera más nítida, entre la clase obrera y la burguesía.

El gobierno confía en que puede despolitizar, desideologizar a las masas, a los campesinos y a la propia clase obrera, a fin de someterlos disciplinadamente a la política gubernamental dictada por el imperialismo y que aparece como la expresión de la política burguesa en general. Este es el motor que mueve a los partidos burgueses y los que secundan el reformismo democratizante y la burocracia sindical.

Esta lucha gana el terreno de los planteamientos ideológico-políticos y se concretiza en acciones diarias de parte del GUN, de sus dirigentes. Entre el abundante material que existe sobre el tema tomemos las últimas declaraciones de Eid, jefe en ejercicio del MIR-NM:

Para él la preocupación central del gobierno y de quienes creen en la política económica concretizada en los decretos 21060 y 22407, radica en lograr que las masas y los trabajadores en general se emancipen de la política, de la ideología proletaria concretizada en la famosa y ya clásica "Tesis de Pulacayo":

"Propone como necesario cambio, dejar la "Tesis de Pulacayo" que tiene como propuesta central el de hacer del sindicato el instrumento para la toma de poder y de construcción del Estado socialista (dictadura del proletariado), afirma que esa fue la enfermedad que se incrustó en nuestro movimiento sindical, y que ahora es preciso liberarse para hacer un sindicalismo renovado y fuerte en el marco de la revolución de la democracia, generando una tesis sindical que lo vincule a la nación y al proyecto nacional" ("Hoy", 28 de octubre de 1990).

Refiriéndose a los métodos de lucha -corresponde siempre a una determinada política- Eid dijo más adelante:

"Los métodos actuales que tiene el sindicalismo boliviano, emergen todavía de la "Tesis de Pulacayo", que son métodos de lucha que se tienen y se desarrollan en el conflicto, siempre en el no, siempre en la oposición. Ahora hay que entrar en otro tipo de esquema, al tipo de la solución de concertación. Si por la vía del conflicto no se resolvió el problema, optemos la vía de la concertación. Por ello es preciso que haya un cambio de las formas de lucha, porque el sindicalismo tiene que saber ganar también el sentimiento ciudadano y nacional... Tiene que hacerse una revisión profunda de los sistemas tradicionales de lucha para tener también nuevas formas de reivindicación y efectivización de esas reivindicaciones. La confrontación no ha dado resultado en los últimos años, y tendría que hacerse de la concertación un verdadero proyecto nacional dentro del cual el sindicalismo sepa cuál sería su rol".

Para el Gobierno de Unidad Nacional y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria lo fundamental radica en un cambio de ideología de las masas, de los trabajadores, con la finalidad de que el sindicalismo sea estatizado, convertido en un auxiliar dócil en el cumplimiento de los planes gubernamentales. Esto ha sido repetido una y otra vez por los gobernantes y dirigentes políticos del oficialismo, aunque con algunos retoques para que se torne imperceptible:

"Es urgente que se lleve adelante un debate para ver el rol del sindicalismo en esta tercera revolución del siglo XX (Eid llama revolución a los proyectos privatizadores de las empresas estatizadas, G.L.); en estos grandes cambios que vivimos, para establecer cuál debe ser el rol del sindicalismo en un proyecto nacional en el marco de una nación que tiene que ser parte de las naciones en el siglo XXI. Tiene que darse una gran revolución ideológica. Un gran debate político es urgente, no puede ser postergado por más tiempo para que esa reflexión pueda bajar a las bases y la base pueda también reflexionar posibilitando generar un gran fragmento y una dinámica ideológica de debate para poder (forjar) un sindicalismo moderno, actualizado y adecuado precisamente a los desafíos que nos trae el siglo XXV.

Lo transcrito prueba que el gobierno, la burguesía, se enfrentan contra la política de la clase obrera, es decir, contra lo mejor de ella, contra la revolución. Esto quiere decir que el proletariado, como estrategia de la dictadura de la clase obrera, actúa y dirige. Los explotados ya dieron su respuesta a la crisis capitalista estructural y actualmente se movilizan, movilización que se proyecta hacia la vía insurreccional.

La consigna del salario mínimo vital complementado con la escala móvil referida a los precios, es la concreción de la política revolucionaria del proletariado. Hemos señalado que la lucha por su materialización permite que avance la madurez política de las masas, en esta medida contribuye a aproximar a éstas a la meta de la conquista del poder. No puede abandonarse el meollo de la lucha actual, porque esa actitud suicida sería condenar al proletariado a ser destruido físicamente por los explotados y opresores, que manejan a su antojo tanto el aparato político como el económico.

SINDICALISMO y POLITICA

La naturaleza proburguesa de la burocracia se confirma por la tan pregonada "independencia" y "apoliticismo" del Secretario Ejecutivo de la Central Obrera Boliviana, Víctor López. Durante mucho tiempo ha traficado con su postura de encontrarse por encima de todos los partidos. Ahora, en la práctica diaria,

demuestra a dónde conduce esa falta de sexo en medio de la lucha de clases, vale decir en medio de la política.

De una manera general, los apolíticos concluyen sirviendo a la burguesía, a los capitalistas y a "su" Estado. La lucha de clases, que la conciencia de clase del proletariado transforma en política, no permite el neutralismo, la independencia frente a los objetivos que buscan el proletariado y la burguesía.

El "apoliticismo" le ha servido a López para encubrir los servicios constantes que ha prestado a los más diversos gobiernos y partidos de contenido clasista burgués. Su conducta no tiene nada en común con la lucha revolucionaria del proletariado.

La clase obrera consciente es política, plantea y desarrolla una política revolucionaria que se encamina hacia la transformación radical de la sociedad capitalista. Los que se oponen a esta estrategia se ubican en la barricada contrapuesta, en la que ocupa el enemigo de clase, la burguesía. Esta conclusión se puede perfectamente aplicar a la corrupta burocracia sindical y particularmente al ejecutivo cobista Víctor López.

En este momento sólo los sirvientes de los explotadores pueden permitirse aconsejar a utilizar la táctica encaminada a dividir sectorialmente la lucha de los explotados, usar el parlamentarismo, el pacifismo, el legalismo, en lugar de la acción directa de masas. Este es el caso de la burocracia cobista.

Los sindicatos surgieron espontáneamente como organizaciones de resistencia de los obreros a los excesos patronales y estatales, esto cuando aún no habían surgido los partidos políticos de los explotados. Como frente único de la clase (en su seno coexisten las más diversas expresiones políticas y no políticas de los trabajadores) se potenció en la lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo.

Otra de las organizaciones propias del proletariado es el partido revolucionario, que organiza a su vanguardia y en cuyo seno actúan únicamente los que están de acuerdo con el programa revolucionario. El ámbito de acción de sindicato y partido es diferente. La existencia del partido de la clase obrera, de su programa, de la teoría de la revolución, han concluido modificando el papel del sindicato. Se ha convertido en el poderoso canal de movilización de la masas, en la escuela de comunismo para éstas gracias a que constituye el escenario en el que acumulan su experiencia cotidiana.

La política revolucionaria engloba todos los aspectos de la vida social y entre ellos el sindical. Las organizaciones laborales permiten que los partidos políticos luchen por dirigir ideológica y no burocráticamente, a las masas. La experiencia diaria nos enseña que la orientación y conducta de los sindicatos están determinadas por las tendencias que logran ganar influencia y llegan a las direcciones. El apoliticismo busca marginar esta lucha y lo que en realidad hace es permitir que se impongan libremente las ideas burguesas que ya dominan en la sociedad.

Corresponde decir abiertamente que debe pugnarse porque los obreros se sumen a la política revolucionaria y, en este empeño, combatan el apoliticismo. No hacerlo significaría apuntalar a la política burguesa. Una de las pruebas del avance político de las masas bolivianas radica, precisamente, en que en gran parte de sindicatos se discute abiertamente las posiciones políticas de los más diversos partidos.

El oficialismo aconseja dejar en la puerta del sindicato las banderas y las diferencias políticas para empeñarse en lograr la concertación en la lucha por los intereses obreros, se trata de una artimaña destinada a favorecer a la burguesía.

Los sindicatos tienen que abrazar de manera franca la política revolucionaria y rechazar y combatir la sucia politiquería en la que están empeñados los diferentes partidos de la burguesía y sus sirvientes disfrazados de "izquierdistas".

Los que pregonan el apoliticismo de los sirvientes sostienen que éstos deben dedicarse únicamente a la lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo. No toman en cuenta que las reivindicaciones inmediatas lograrán su satisfacción a través de su generalización, pues es la única forma en la que pueden imponerse a la clase dominante y al gobierno; esa generalización es ya lucha política porque tiende a cuestionar la legitimidad del poder estatal, del gobierno.

Una de las formas más eficaces en la lucha contra la burocratización de los sindicatos radica en la educación política de los obreros en general y particularmente de los dirigentes. La convicción política es tan valiosa como la vigilancia de la conducta de los dirigentes por parte de las bases. El obrero politizado resulta incorruptible frente a las presiones y tentaciones que vienen de parte de la clase dominante y del gobierno.

La educación política enseñará a los explotados a comprender que únicamente la orientación ideológico-política revolucionaria puede asegurar la victoria de la lucha anti capitalista, antiimperialista.

La política revolucionaria del proletariado se concretiza y se convierte en palanca que potencia la lucha cotidiana, al explicar y dar respuesta a todos los problemas que surgen en la actividad práctica y como consecuencia de las modificaciones que se operan en la situación política. Esta creación teórica es también un elemento que permite la superación de la acción de todos los días.

Se trata de que cotidianamente y en todo momento de la acción se está trabajando por la revolución. Esto no cuenta para la burocracia y para los reformistas por la sencilla razón de que son enemigos jurados de la revolución proletaria, de la política señalada en la "Tesis de Pulacayo" y, por esto mismo, de las masas explotadas y oprimidas.

El que no actúa con la convicción de que la solución radical de los problemas nacionales y sociales solamente puede darse como solución política, como lucha de clase contra clase, fundamento de la revolución, de la lucha por la conquista del poder, quiere decir que se ha desplazado hacia el campo de la burguesía, de la contrarrevolución.

En la actualidad no solamente se constata una sistemática campaña contra la política revolucionaria del proletariado sintetizada en la tan discutida "Tesis de Pulacayo", sino que se ha desencadenado una sistemática persecución contra el Partido Obrero Revolucionario en todos los planos y rincones, en los sindicatos, en las universidades, en las fábricas, en el agro, etc.

Sabemos perfectamente que esta persecución puede volverse brutal, no bien el Gobierno de Unidad Nacional o su sucesor burgués de derecha endurezcan sus rasgos fascistas, ya visibles en el momento presente. En ese instante la burocracia y los reformistas unirán sus fuerzas con la policía en su intento de acabar físicamente con los revolucionarios. Los que tienen mentalidad policial han olvidado que la política revolucionaria ya ha penetrado en el seno de las multitudes y la eliminación física de algunos líderes y teóricos no será suficiente para acabar con ella, pues ha penetrado al seno de las masas la enseñanza de cuál es el camino de la victoria de la actual lucha, en la que estamos empeñados.

Diciembre de 1990